

habia sublevado en vista de esta idea y amenazaba con que se volveria á Paris.

Las representaciones de Mr. de La Luzerne, ministro plenipotenciario de Francia en Lóndres, las de Mr. de Boinville, ayudante de campo de La Fayette, y finalmente su propia prevision, habian prevalecido sobre las instigaciones de Laclós. Hay una prueba de esto en una carta de Mr. de La Luzerne, hallada en la *Alacena de hierro*, entre los papeles reservados del rey. «Declaro, dice Mr. de la Luzerne, que he presentado al señor duque de Orleans á Mr. de Boinville, ayudante de campo de Mr. de La Fayette; que este oficial ha hecho presente al duque de Orleans que no convenia que se presentase en Paris en estos momentos, porque no faltarían algunos hombres mal intencionados que se servirían de su nombre para promover disturbios y alborotos, no solo en la capital, sino quizá en todo el reino, por cuya razon le suplicaba que retardase su vuelta á Paris. El señor duque de Orleans, que no quiere dar el mas mínimo pretesto para que se turbe la tranquilidad pública valiéndose de su nombre, ha consentido gustoso en acceder á lo que se le suplicaba.»

## X.

Por fin partió, y en cuanto llegó á Francia trató de que se le emplease en la marina, pero cuantos pasos dió fueron inútiles. Así las cosas, Mr. Bertrand de Molleville le envió el nombramiento de almirante cuando menos lo esperaba el duque. En cuanto lo recibió fué á dar las gracias al ministro y le dijo: «Que tenia á gran dicha la gracia que el rey acababa de concederle, porque le proporcionaba ocasion de dar á conocer á aquel príncipe, que le habian calumniado vilmente los que le habian atribuido unos sentimientos de los que estaba muy distante. Soy muy desgraciado, prosiguió, se han servido

de mi nombre para imputarme unos horrores de que todo el mundo me ha creído culpable, porque he desdeñado justificarme. Pronto se vera si mi conducta confirma lo que estoy diciendo.»

El aire de franqueza y de lealtad y el tono espresivo con que hablaba el duque afectaron al ministro, que estaba muy prevenido contra él y que hasta entonces le habia tenido por culpable. Preguntó éste al príncipe si tendria inconveniente en hablar al rey aquel mismo lenguaje, con lo cual daria consuelo á su corazon porque él temia transmitir á S. M. las palabras que acababa de oír, conociendo que no podria darlas toda la significativa energía que tenían en sí. El duque acogió alborozado la idea de ver al rey si éste se dignaba recibirle. Manifestó su intencion de ir al dia siguiente á palacio, y advertido el rey de esta novedad por su ministro le aguardó impaciente, permaneciendo los dos encerrados en el cuarto del rey por largo rato.

Un escrito autógrafo redactado por el duque de Orleans, en un principio para justificar su memoria ante sus hijos y ante sus amigos, va á iniciarnos en los misterios de esta conversion reservada. «Los demócratas exaltados dice, han pensado que yo queria establecer la república en Francia, los ambiciosos han creído que prevalido yo de mi popularidad, queria forzar al rey á que me entregase la direccion del reino; finalmente, los patriotas virtuosos han visto en mí la misma virtud que ellos tienen y han pensado que yo me sacrificaba sin reserva por la causa pública. Los unos me han hecho peor, y los otros mucho mejor de lo que soy efectivamente. Hasta ahora yo no he hecho otra cosa que seguir los impulsos de mi voluntad, que me inclina hácia las ideas liberales. He creído ver la imágen de la libertad en los parlamentos, que cuando menos tienen su lenguaje y sus formas. Así es, que yo he abrazado este fantasma de representacion, y me he sacrificado hasta tres veces por los parlamentos.

Las dos primeras por convicción, la tercera por no desmentirme á mi mismo. Habia estado ya largo tiempo en Inglaterra, y habia visto allí la verdadera libertad. Por esta razon, no dudé en los Estados generales que la Francia quisiese conquistarla. En cuanto pude entrever que la Francia tendria ciudadanos, quise yo ser tambien uno de ellos. En esto consistió el que sin reflexionar detenidamente sobre lo que hacia sacrificase un rango y unos privilegios que me separaban de la nacion. Nada me costó este sacrificio. Aspiraba á ser diputado, y lo fui: me afité en el partido del estado llano, no por espíritu de faccion, sino por justicia. Segun mi modo de ver, desde aquel momento era ya imposible impedir que la revolucion se llevase á cabo. Varias personas de las que rodeaban al rey pensaron de una manera muy diferente. Entonces se reunieron tropas, y estas cercaron la Asamblea nacional. París se creyó amenazado y se sublevó; los guardias franceses que vivian entre el pueblo, le siguieron. Esparcióse al ver esto el rumor de que yo habia sobornado aquel regimiento, pero voy á decir francamente mi opinion sobre este particular. Si los guardias franceses se hubiesen portado de otro modo, es cuando yo hubiese creído que les habian sobornado, porque el haberse manifestado hostiles al pueblo de París, hubiese sido una cosa contra naturaleza. ¿Se dirá que mi busto y el de Necker, fueron paseados por las calles públicamente! ¿Y por qué? Porque aquel ministro de la esperanza pública era adorado de la nacion, y porque mi nombre se hallaba en las listas de los diputados de la Asamblea, que, segun se decia, habian de ser arrestados con aquel ministro por las tropas que se habian llamado á Versalles. En medio de unos acontecimientos tan favorables para un faccioso, ¿qué es lo que yo hice para aprovecharme de ellos? Me oculté y traté sin afectacion de evitar que el pueblo me viese; no aprobé los excesos cometidos por él, y me retiré á pasar la noche á mi posesion de Mous-

seaux; al dia siguiente me fui sin ningun acompañamiento á la Asamblea nacional de Versalles. En el momento dichoso en que el rey se decidió á echarse en brazos de la Asamblea, me negué á ser uno de los miembros de la diputacion que iba á llevar esta noticia á la capital. Esto lo hice, por que temia que me tributasen un homenaje, que solo al rey era debido. La misma conducta observé en las jornadas de octubre, en cuyos dias me ausenté para no añadir un elemento mas á la fermentacion en que se hallaba el pueblo, y hasta que se restableció la calma no volví á aparecer. En Sevres me hallé con unos grupos de asesinos que llevaban los cabezas de los guardias del rey, y uno de ellos arrojándose sobre mis caballos disparó un tiro al postillon, de suerte que yo, pretendido gefe de aquellos hombres, estuve á pique de ser víctima suya. Debo mi salvacion únicamente á unos cuantos guardias nacionales de un puesto inmediato al sitio en donde me sucedió esto, que me escoltaron hasta Versalles, á donde en cuanto llegué, subí á palacio, conteniendo antes y haciendo callar al inmenso pueblo que estaba en el palacio de los ministros. Yo fui uno de los que tuvieron parte en el decreto por el cual se declaró la Asamblea inseparable de la persona del rey. Entonces sin embargo, Mr. de La Fayette me pidió una cita y me manifestó en nombre de S. M., lo mucho que deseaba verme salir de París para quitar todo pretexto plausible á las agitaciones populares. Seguro en adelante del triunfo de la revolucion y no temiendo ya por ella sino los disturbios con que se querria tal vez entorpecer su marcha, obedecí sin titubear, no poniendo otra condicion que el que se me permitiese pedir permiso á la Asamblea nacional para efectuar mi viage. La Asamblea me lo concedió y yo marché inmediatamente. Conmovido el pueblo de Bolonia por una intriga que puede muy bien achacárseme, pero á la cual me mostré absolutamente extraño puesto que no accedí á sus deseos, quiso dete-

nerme allí á la fuerza, oponiéndose á que me embarcase. Confieso que me enternecí, pero no cedí á aquella violencia del favor del pueblo, y le hice entrar en su deber. Este viage y mi ausencia, hicieron que se abusase de una porcion de cosas enteramente inocentes para imputar los mas odiosos atentados cuando yo no podia refutarlos por mí mismo. Segun se decia, yo habia querido forzar á el rey á huir de Versalles con el delfin; pero Versalles no es toda la Francia. El rey se hubiese encontrado con su ejército y con la nacion, fuera de aquella ciudad, y el único resultado de mi ambicion, hubiese sido la guerra civil y la dictadura militar de que se hubiera investido el rey necesariamente. Ademas de esto, quedaba el conde de Provenza, heredero natural del trono abandonado. Siendo este popular como lo era, y habiendo pertenecido conmigo al partido del pueblo, cuanto yo hubiese hecho no hubiese sido mas que trabajar en beneficio suyo. No es esto todo. Aun quedaba el conde de Artois en el extranjero, y este y sus hijos, que estaban mas cerca del trono que yo, se hallaban en completa seguridad y libres de que les alcanzasen los puñales que se pretendia estaban pagados por mí para atravesar sus pechos. ¡Qué serie de locuras, de absurdos y de crímenes inútiles! ¡El pueblo francés no ha cambiado de sentimientos ni de carácter al efectuar su revolucion! Yo me persuado que el conde de Artois, á quien quiero mucho, hará la prueba de ello; yo me complazco en creer que acercándose de nuevo á un rey que él quiere y de quien es amado con ternura, y á un pueblo á cuyo amor le dan tantos derechos sus relevantes prendas, volverá en dias mas tranquilos á gozar de la parte que le cabe en el amor que la nacion mas sensible y mas amante, ha profesado siempre á los nietos de *Enrique IV.*»

Estas razones ú otras semejantes mezcladas sin duda, con la manifestacion del arrepentimiento y con aquellas acciones mudas que tienen mucha mas fuerza que las palabras en ocasiones tan solemnes, convencieron sino el ánimo, al menos el corazon del rey. Este escusó, perdonó y esperó. «Cree, como vos, dijo enternecido á su ministro, que el duque de Orleans, vuelve de buena fé, y que hará todo cuanto de él dependa por reparar los males que ha hecho, en los cuales puede ser muy bien que no tenga tanta parte como habíamos creido.»

El príncipe habia salido del cuarto del rey reconciliado consigo, y mas resuelto que nunca á no tolerar que su nombre sirviese de pretexto á los facciosos. Poco trabajo le habia costado sacrificar su ambicion porque no la tenia, en cuanto á su popularidad le habia abandonado ella misma, para ir á echarse en los brazos de ciertas personas de una categoría muy inferior á la de Orleans. Este, no tenia ya en adelante otro sitio en donde estuviere seguro y honrado que la Constitucion y la inmediatecion al trono. Su corazon le conducia allí lo mismo que su deber, y admiraba mas al hombre en Luis XVI que al rey. La adulacion y los resentimientos de córte echaron á perder tan buenas disposiciones.

El domingo siguiente á esta reconciliacion, el duque de Orleans se presentó á ofrecer sus respetos al rey y á la reina en la córte. Uua multitud de cortesanos llenaba los patios, las escaleras y las antesalas y salones de las Tullerías; algunos confiando todavia en que les fuese favorable la fortuna, otros llamados de las provincias por su desdichado amo para sufrir con él el infortunio, única recompensa que podia prometerse la fidelidad á la sazon. La inesperada aparicion del duque de Orleans cu-

ya reconciliacion con el rey no se habia traslucido aun, cubrió los semblantes de todas aquellas gentes de admiracion y de horror. Un murmullo continuado de indignacion corrió por aquellos grupos al verle, y aunque se separaron para abrirle paso manifestaron todos en sus rostros lo mucho que les repugnaba tan odioso contacto. En vano trató de hallar una sonrisa cariñosa ó una señal de respeto entre todas aquellas gentes. Al ir á entrar en el cuarto del rey, los cortesanos y los guardias volviéndole la espalda se apiñaron con afectacion en las puertas, por lo cual viendo que le era imposible entrar allí sin mover un eseándalo, se dirigió al cuarto de la reina. La mesa estaba puesta. ¡Cuidado con lo que comeis! exclamaron varias voces, como si quisiesen indicar que el duque era un envenenador. Indignado éste se ruborizó, poniéndose pálido en seguida como un difunto, y atribuyó al odio que la reina le tenia, los insultos de que acababa de ser víctima. Inmediatamente bajó las escaleras para salir de palacio, pero allí le aguardaban nuevos ultrajes llegando la insolencia hasta el extremo de escupir desde lo alto del tramo superior de la escalera, sobre sus vestidos y sobre su cabeza. Los puñales no le hubieran causado heridas tan crueles como estos asesinatos del desprecio. Con las mejores disposiciones habia entrado en palacio, pero salió de él convertido en enemigo implacable y convencido de que ya no tenia otro sitio en donde refugiarse del furor de la corte que las últimas filas de la democracia. Precipitóse en ellas con resolucion deseoso de hallar allí la seguridad ó la venganza.

El rey y la reina supieron bien pronto los insultos que habia recibido el duque, y á pesar de que ellos no habian mandado que se le hiciesen, tampoco trataron de repararlos ni de darle la debida satisfaccion de ellos. Quizá, se alegraron interiormente de la ira imprudente de aquellos palaciegos, que tanto habian humillado á

sus enemigos. La reina concedia sus favores con lijereza y era imprudente en sus odios. El rey era bondadoso, pero le faltaba gracia para hacerse querer. Una palabra de Enrique IV hubiese bastado para castigar como merecian á aquellos atrevidos, y para atraer al príncipe á sus pies: Luis XVI no supo decirlo, ¡el resentimiento fué aumentándose en medio del silencio, y el destino se cumplió!

## XII.

El duque de Orleans, unido á los girondinos por sus relaciones con Petion y con Brissot, se separó de ellos aquel mismo dia, para pasarse á los jacobinos. Abrió las puertas de su palacio á Danton y á Barrere, y ya no se le volvió á encontrar sino en los partidos extremos, á los cuales siguió por todas partes en silencio sin vacilar ni retroceder un solo dia. ¡Cuál fué el resultado? ¡La república, el regicidio y la muerte!

## XIII.

La alarma que inspiraban á la nacion los preparativos hostiles del emperador, y la desconfianza que imbuian los girondinos en todos sus discursos contra la corte y sus ministros, agitaban cada dia mas la capital. El partido de la Gironda, respondia con el grito de guerra y de traicion á cada nueva comunicacion del ministro de Negocios estrangeros. Fauchet le denunció. Brissot, exclamó: ¡Cayó la máscara! Nuestro enemigo nos es ya conocido. La pretendida vulneracion de los derechos de los príncipes posesionados en Alsacia, cuya causa finge

abrazar el emperador, no es sino un pretexto para desahogar su odio; los mismos emigrados no son otra cosa que unos meros instrumentos. ¡Despreciémosles! Al supremo tribunal nacional toca hacernos justicia con respecto á esos príncipes mendicantes. Los electores del imperio tampoco son dignos de vuestra cólera. El miedo les hace ponerse de rodillas ante vosotros, y un pueblo libre no hiere á sus enemigos, cuando los ve en una posición tan humillante. ¡Herid en la cabeza; la cabeza es el emperador!»

El ardor de Brissot se comunicó á toda la Asamblea. Este hombre, político hábil y consejero profundo de su partido, no tenía sin embargo, una de aquellas voces sonoras que elevan el acento de una opinión hasta la proporción de la voz de todo un pueblo. Solo Vergniaud estaba dotado de un alma en donde se reasumía la pasión, y resonaba la elocuencia de todo un partido. Este hombre se elevaba por medio de consideraciones históricas, hasta las escenas de los tiempos antiguos que tenían mas analogía con las que se estaban verificando, y daba á sus palabras el trono y la solemnidad de todas las épocas.

«Nuestra revolución, dijo en esta sesión, ha alarmado todos los tronos. Ella es la que ha dado el ejemplo de la destrucción del despotismo que los sostiene. Los reyes aborrecen nuestra Constitución, porque hace libres á los hombres, y porque ellos quieren reinar sobre esclavos. Este odio se manifiesta á las claras en el emperador por las medidas que toma para inquietarnos, protegiendo á nuestros enemigos, y alentando á los franceses rebeldes á las leyes de su patria. No hay que hacerse la ilusión de creer, que este odio se estinga; lo que es necesario es impedirle que obre. El genio vigila en nuestras fronteras, defendidas, menos por nuestras tropas de línea y por nuestros guardias nacionales, que por el entusiasmo de la libertad. ¡La libertad! Esta es objeto de una guerra ocul-

ta y vergonzosa, que se la está haciendo desde que apareció. ¿En qué consiste esta guerra? Tres ejércitos de reptiles y de insectos venenosos se agitan y se arrastran en vuestro propio seno. El uno se compone de libertistas y de calumniadores pagados; estos se esfuerzan en armar los dos poderes, uno contra otro, inspirándoles mutuas desconfianzas. Otro ejército tan peligroso sin duda como el anterior, es el de los sacerdotes sediciosos que ven que su dios se les escapa, que se hunden su poder y su prestigio, y que para conservar su imperio, recurren á una venganza que la religión prohíbe, y prescriben como virtudes los crímenes mas atroces. El tercero es el de esos banqueros ávaros y codiciosos agiotistas, que no pueden enriquecerse sino causando nuestra ruina; la prosperidad nacional sería la muerte de sus especulaciones egoistas, y nuestra muerte sería la única cosa que á ellos pudiese darles vida. Estos hombres se asemejan á aquellos animales carnívoros que esperan el fin de los combates para ir á devorar los cadáveres que han quedado en el campo de batalla. (Aplausos). Estas gentes saben que vuestros preparativos de defensa son incompletos, y cuentan con el descrédito en que está vuestro tesoro y con la escasez de numerario. También cuentan con el cansancio de esos ciudadanos que han abandonado á sus mugeres y á sus hijos por volar á las fronteras, y que las abandonarán mientras que los millones repartidos subrepticamente en lo interior, suscitarán insurrecciones en que armado el pueblo por el delirio, destruiría por sus mismas manos sus derechos, creyendo defenderlos. Cuando el emperador vea las cosas en el estado que acabo de pintaros, avanzará con un ejército formidable para imponeros las cadenas. He aquí la guerra que se os hace y se os quiere hacer en lo sucesivo. (Grandes aplausos).

«El pueblo ha jurado mantener la Constitución porque ve en ella su dicha y su libertad; pero si vosotros le

dejais en una inacion agitada, que gaste sus fuerzas y agote todos nuestros recursos el dia en que el pueblo se halle en este estado de abatimiento ¿no será tambien el último de nuestra Constitución? El estado á que se nos ha reducido es muy parecido al que acabo de poner á vuestra vista y no puede conducirnos sino al oprobio ó á la muerte. (Vivos aplausos). ¡A las armas, ciudadanos! ¡A las armas hombres libres! Defended vuestra libertad, asegurad la esperanza que tiene el género humano de conquistarla, y de no hacerlo así sabed que no merecis ni aun que se tenga compasion de vuestras desgracias. (Nuevos aplausos).

«Nosotros no tenemos otros aliados que la justicia eterna, cuyos derechos defendemos. ¿Nos está prohibido por esto el buscar otros y el interesar las potencias que se vean amenazadas como nosotros por la rotura del equilibrio europeo? Sin duda que no. Declarad al emperador que desde este momento quedan rotos los tratados. (Prolongados bravos). El mismo emperador nos ha dado el ejemplo rompiéndolos. Si aun duda en ataearos es por que no está dispuesto. Pero ya ha caido la máscara que le cubria. ¡Felicitaós! La Europa tiene la vista fija en vosotros: ¡enseñadla en fin lo que vale la Asamblea nacional de Francia! Si vosotros mostrais la dignidad que conviene á los representantes de un gran pueblo obtendreis sus aplausos, su estimación y su apoyo. Si manifestais debilidad, si dejais pasar la ocasion que la Providencia os ofrece de libertaros de una situacion tan embarazosa, temed el envilecimiento que os preparan el odio de Europa, el de la Francia, el de vuestro siglo y el de la posteridad. (Aplausos).

«Haced todavía mas: exigid que los colores nacionales sean respetados al otro lado del Rhin; exigid tambien que se disperse á vuestros emigrados. Bien sé que podria pedir que se les hiciese volver á una patria á quien ultrajan para castigarles. ¡Pero no! Si ellos ansian derra-

mar nuestra sangre, ¡no nos mostremos nosotros deseosos de verter la suya! Su crimen consiste en haber querido arruinar su patria ¡pues bien! que anden errantes y vagabundos por todo el globo y que su castigo sea no hallar patria en ninguna parte. (Aplausos). ¡Si el emperador tarda en responder á vuestra intimacion, considérese esta dilacion como una negativa; si se niega á esplicarse, considérese esto tambien como una declaracion de guerra! Atacad ahora que teneis ocasion de hacerlo. Si Federico hubiese, contemporizado en la guerra de Sajonia, el rey de Prusia seria en este momento marqués de Brandeburgo. El fué el que atacó, y la Prusia disputa hoy al Austria su influencia en los destinos de Alemania, influencia que se ha escapeado de vuestras manos.

«Hasta aqui vosotros no os habeis determinado á hacer las cosas sino á medias, y puede aplicarse á vuestras medidas el lenguaje que usaba Demostenes con los atenienses, en unas circunstancias parecidas á estas. Vosotros, les decia, os portais con los macedonios como los bárbaros que combaten en nuestros juegos con respecto á sus adversarios; cuando se ven heridos en el brazo acuden á defender el brazo, si son heridos en la cabeza acuden á defender aquella parte despues que han sido heridos en ella, pero nunca piensan en parar de antemano los golpes. Si Felipe arma, vosotros armais tambien, si desarma, deponéis las armas. En cuanto ataca á uno de vuestros aliados, en seguida enviáis un ejército numeroso para protegerle; si acomete una de vuestras ciudades entonces enviáis un numeroso ejército para que la defienda, si desarma o'ra vez, vosotros tambien desarmais de nuevo, sin pensar en los medios de anticiparos á trastornar sus proyectos ambiciosos, ni en ponerlos al abrigo de sus ataques. De este modo estais siempre á las órdenes de vuestro enemigo, que es el que verdaderamente manda en vuestros ejércitos.

«Voy tambien á deciros de que modo os manejaís con

respecto á los emigrados. Cuando ois decir que están en Coblenza, un sin número de ciudadanos vuelan allí á batirse con ellos. Si se reúnen en las orillas del Rhin, vosotros guarneceis el camino que han de seguir con dos cuerpos de ejército. Si las potencias inmediatas á vuestras fronteras les conceden asilo, entonces os proponéis ir á atacarlas. Si ois decir por el contrario que se han internado en el Norte de Alemania, al momento deponéis las armas. Si aquellos hombres vuelven á ofenderos de nuevo, vosotros volveis tambien á indignaros, pero en cuanto os hacen la mas insignificante oferta, volveis tambien á deponer las armas. De esta suerte los emigrados y los gabinetes que los sostienen, son vuestros gefes y los que disponen como les acomoda de vosotros, de vuestros consejos, de vuestros tesoros y de vuestros ejércitos. (Aplausos). Ved vosotros mismos, si este humillante papel es digno de un pueblo tan grande como el nuestro.

«Voy á terminar con una idea que se me ocurre ahora mismo. Parece que los manes de las generaciones pretéritas vienen presurosos á este templo para exhortaros en nombre de todos los males que la esclavitud les ha hecho sufrir, que preserveis de ellos á las generaciones futuras, cuyo destino está en vuestras manos. ¡Atended á sus súplicas y sed otra Providencia para las edades futuras! ¡Asociaos á la Justicia eterna que protege á los pueblos! Si así lo haceis, merecereis bien de vuestra patria y de todo el género humano.»

Los prolongados aplausos que siguieron á este discurso, manifestaron la emoción que había producido en todos los corazones. Vergniaud, á imitación de los oradores de la antigüedad, en vez de enervar su elocuencia con las combinaciones de la política que solo habla al espíritu, la empapaba en el fuego de un alma patética. El pueblo no entiende sino aquello que siente, y no hay mejores oradores para él, que los que le conmueven. La emoción es la convicción de las masas. Vergniaud la sen-

tia en sí y sabia comunicarla á la multitud. La conciencia de trabajar por la felicidad del género humano, y la perspectiva del reconocimiento de los siglos venideros, daban á la Francia un noble orgullo que la hacia entusiasmarse por la causa de la libertad. El carácter distintivo de este orador, consistia en saber elevar casi siempre la revolucion á la altura de un apostolado, en estender su patriotismo á toda la humanidad y en no apasionar ni atraer hácia sí al pueblo, sino valiéndose de sus virtudes. Semejantes palabras producian un efecto tan grande en todo el imperio, que el rey y el ministerio no podian resistirlo.

## XIV.

Ya hemos dicho en otra parte, que Vergniaud y sus amigos tenian inteligencias en el consejo. Mr. de Narbona y los girondinos se veian y concertaban de comun acuerdo lo que debia hacerse en los salones de madama de Staël, llamados entonces el Campo de la revolucion. El abate Fauchet, denunciador de Mr. de Lessart, habia en las mociones marciales que allí se hacian, todo el ardor que le animaba para derribar á aquel ministro. Este, amortiguando en cuanto le era posible las amenazas de la corte de Viena y la indignacion de la Asamblea, hacia cuanto estaba en su mano por ganar tiempo y ver si podia lograr que se decidiesen las cosas con mas calma. Su leal adhesion á Luis XVI y su gran prevision le hacian ver en la guerra, no la restauracion, sino una sacudida violenta del trono. En este choque entre Europa y Francia, necesariamente tenia que ser el rey el primero que sufriese, y forzosamente habia de quedar muy mal parado del golpe. La hombría de bien y el afecto de Mr. de Lessart á su amo, hacian en él las veces del genio. Como que este hombre era un obstáculo para los tres

partidos que querian la guerra, era preciso separarle á toda costa del lado del rey, con lo cual se lograba impedir que volviese á aconsejarle. Lessart podia cubrirse, ya retirándose espontáneamente, ya cediendo á la impaciencia de la Asamblea. No quiso hacer ni lo uno ni lo otro. Instruido de la terrible responsabilidad que pesaba sobre su cabeza, y no ignorando que esta responsabilidad era la muerte, hizo, sin embargo, frente á todo heroicamente con el solo objeto de dar algunos dias mas al rey para que pudiese entrar en negociaciones. ¡Estos dias estaban contados!

## LIBRO DOCE.

Muerte de Leopoldo.—Destitucion de Mr. de Narbona.—Asesinato de Gustavo, rey de Suecia.—Gabinete de Luis XVI.—Todos los partidos se reünen para derribarle.—Brissot llega á ser el hombre político de la Gironda.—Ministerio girondino.—Dumouriez, ministro de la Guerra.—Roland, ministro del Interior.

## I.

Leopoldo, aquel príncipe pacífico y filósofo que hubiese sido revolucionario á no haber sido emperador, había probado todos los medios posibles para diferir el choque entre los dos grandes principios. No pedía á la Francia sino unas concesiones aceptables para poder neutralizar así el arrojó de la Prusia, de la Alemania y de la Rusia. El príncipe de Kaunitz, ministro suyo, escribía continuamente á Mr. de Lessart en este sentido. Las comunicaciones confidenciales que recibía el rey del marqués de Noailles, embajador suyo en Viena, respiraban también un espíritu conciliador. Lo único que quería Leopoldo era, que restablecido el orden en Francia y